

PIERRE BOURDIEU

**EL OFICIO DEL CIENTÍFICO. CIENCIA DE LA CIENCIA
Y REFLEXIVIDAD**

BARCELONA, EDITORIAL ANAGRAMA, 2003, 213 PÁGINAS.

ALFONSO BUCH*

Pierre Bourdieu, el último de los iluministas franceses, ha muerto. La constatación de este hecho, para iniciar la reseña de un libro que recopila las lecciones de su último curso en el Collège de France, constituye el modo tal vez más expresivo de realizar un homenaje a quien intentó con indiscutibles méritos, fundar la sociología sobre criterios metodológicos más rigurosos. La radicalidad de la muerte, su irreversibilidad, van de la mano con su último esfuerzo por construir una sociología científica apoyada en la realización de un aforismo crítico y que era fundante de todo su proyecto: objetivar al sujeto objetivante. Como pocos textos, la conferencia inaugural de Bourdieu en esa misma institución, la *Leçon sur la leçon*, lo pone en evidencia. De un primer discurso, a un último curso, el tema es el mismo: ¿qué es lo que nos autoriza, a nosotros en tanto que científicos y sociólogos, a hablar y pretender a través de ese mismo acto, pronunciar la verdad acerca del mundo? Los universitarios, los científicos y los filósofos fueron reiterados objetos de atención de este investigador a través de trabajos como *Los herederos: los estudiantes y la cultura*, *Homo Academicus* o *La ontología política de Martin Heidegger*.

El carácter fundante del proyecto que Bourdieu mantuvo durante toda su vida queda demostrada tal vez de un modo palmariamente evidente, a través de este texto cuyo nombre quedó, en la edición en castellano, como subtítulo: *Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Se trata de desembarazarnos, de una vez por todas, de todo resto de irracionalidad y de pretensión que no sea laica para entender nuestro mundo. Y para ello necesitamos constituir una sociología científica apoyada sobre

* Investigador y docente, Instituto de Estudios Sociales de la Ciencia y la Tecnología, UNQ.

la capacidad del sociólogo para pensar los determinantes sociales de su propia práctica, para reflexionar y corregir los sesgos producidos por la posición que se ocupa en el campo de producción sociológico.

Es que es en verdad al servicio de este proyecto que Bourdieu incursionó, no con excesiva frecuencia, en el terreno de la sociología de la ciencia. En especial su texto *El campo científico*, publicado en 1976, produjo una enorme influencia en una especialidad que por entonces era emergente. Y desde el comienzo señaló que la sociología de la ciencia no era una subespecialidad más entre otras como la sociología del arte o de la educación: era la condición de posibilidad de una sociología científica. Veinticinco años después de ese trabajo, y en uno de sus actos póstumos, demostró que sus convicciones y problemas habían permanecido inalterados.

El oficio del científico es en cierto modo una manifestación amplia y explícita de los problemas ya planteados en 1976. Sin embargo, en el lapso de veinticinco años, toda una especialidad se había formado. De tal modo, el análisis de Bourdieu constituye inicialmente una revisión de las principales corrientes de la sociología de la ciencia, para adentrarse luego en su propia visión de la especialidad, donde se ponen en juego todos los conceptos de su teoría sociológica, con sus conceptos y perspectivas.

El problema de quien interroga por las fuentes de autoridad, oficio del que hace profesión el sociólogo, se complica cuando se trata de la ciencia. En particular porque la ciencia pretende para sí, no sólo el monopolio de la palabra autorizada acerca del mundo, sino que pretende que esa verdad así pronunciada sea lo más objetiva posible. Y el sociólogo sabe desde el comienzo que toda enunciación de verdades está condicionada por la posición social del hablante. Es allí donde surge el problema: he aquí unos científicos que siendo sujetos sociales condicionados por múltiples intereses y parcialidades, pretenden ser libres de los mismos. La paradoja de quien, desde la historia, pretende decir algo que esté fuera de la historia.

La solución de Bourdieu es conocida y se fundamentó en la llamada teoría de los campos. La ciencia, como cualquier ámbito de producción cultural, está regido por esas estructuras denominadas *campos* y que son simultáneamente objetivas

y subjetivas. Estructuran posiciones que involucran un estado de correlación de fuerzas entre las mismas y se internalizan en *habitus* o esquemas de apreciación, evaluación y acción que prefiguran las acciones de los sujetos. La complicidad entre el *habitus* y el campo, complicidad garantizada por la historia común que poseen, hace posibles las prácticas. Cada campo tiene sus especificidades y reglas propias, pero a través de la competencia y autonomía que garantizan, permiten la producción de aquello de lo que se ocupan.

El caso de la ciencia es particular porque allí la historicidad de las prácticas debe explicar la emergencia de productos parcialmente desvinculados de la historia, las verdades científicas. ¿Cómo conciliar las pretensiones de racionalidad transhistóricas de una práctica social que es al mismo tiempo de parte a parte histórica? ¿Cómo conciliar la verdad con la historia? ¿Cómo conciliar las espléndidas estructuras de la matemática contemporánea, plena de realizaciones de naturaleza formal e incluso paradójica, con la existencia de esos seres llamados matemáticos que son simples, que están amenazados por la muerte, y que están sometidos a constreñimientos tan elementales como vestirse, hacer chistes, comer o educar a sus hijos? En cierto modo podría decirse que el problema de la sociología de la ciencia es éste, conciliar la naturaleza obviamente social de los productores de esas cosas llamadas fórmulas matemáticas con esas cosas llamadas fórmulas matemáticas.

En este libro, Bourdieu afirma haber resuelto el problema sin caer en la antinomia clásica entre logicismo y escepticismo relativista. Es decir, sin caer en el dualismo de quienes sitúan la garantía de la verdad de la ciencia en un método formal al que se adecuarían mejor o peor los científicos, y un relativismo que considera que la verdad es simplemente aquello que las personas creen que es verdadero. La solución se encuentra en una dialéctica histórica que hace de la existencia de los campos científicos la garantía de la progresiva adquisición de una verdad cada vez más rigurosa y mejor fundada: “El hecho de que los productores tiendan a tener como únicos clientes a sus competidores más rigurosos y más vigorosos, más competentes y más críticos, y, por tanto más *propensos* y más *preparados* para conferir toda su fuerza a su crítica es, en mi opinión, el *punto de Arquímedes* sobre el que podemos sustentarnos para ofre-

cer una razón científica de la razón científica, para arrancar a la razón científica de la seducción relativista y explicar que la ciencia puede avanzar incesantemente hacia una mayor racionalidad sin verse obligada a apelar a una especie de milagro fundador. No es necesario escapar de la historia para entender la emergencia y la existencia de la razón en la historia” (p. 98). No es poca la pretensión, y Bourdieu la reafirma señalando, en un contexto menos enfático, que “he podido *resolver el problema* de las relaciones entre la razón y la historia” (p. 99). La práctica científica garantizaría la formación de un *trascendental histórico* que sería el resultado acumulado de las prácticas anteriores. Unos *paradigmas* (si bien Bourdieu evita la expresión) que se transformarían en los elementos fundamentales que permitirían garantizar el progreso ulterior.

Las dudas que puede generar una afirmación tan radical podrían provenir desde las dos posiciones que devienen, a partir de sus planteos, desautorizados para resolver el problema: el relativismo y el logicismo. En particular porque, combinados, producen una paradoja que amenaza con desautorizar todo el esquema: ¿qué significa “avanzar hacia una mayor racionalidad” si no la historización de un planteo racionalista que deja en el terreno del telos de la historia la posibilidad de entender qué es solucionar el problema de las relaciones entre la historia y la razón? En otros términos, quisiéramos saber qué entiende Bourdieu por “razón” o por “mayor racionalidad”. Y los problemas vuelven a empezar: si la respuesta es logicista, el planteo deriva en un telos del logos que avanza hacia la formalización y la matematización de la naturaleza; si la respuesta es historicista, pues simplemente lo dictará la historia (relativismo). Sospechamos que la respuesta más cercana a las aspiraciones bourdianas se encuentran en el plano logicista, debido al evidente respeto que inspiraba en él la matemática y el papel que le atribuía a la misma en el proceso de autonomización del campo científico. Y también en su contribución a la conformación de representaciones menos sustancialistas y más relacionales de la sociedad y la naturaleza a través del concepto de *campo* (pp. 88-90).

Más allá de estos inconvenientes, las ambiciones refundacionales de Bourdieu, que más de una vez rozan ámbitos propiamente filosóficos, quedan puestas en evidencia cuando se

comprende que en el nudo de su teoría sociológica existe una reflexión sobre el sujeto de la ciencia. Podría decirse que a Bourdieu le interesaba menos la sociología de la ciencia como la sociología de la sociología, como coronación del proceso autorreflexivo o del proceso de objetivación del sujeto objetivante. Es por ello que el último capítulo del libro se denomine “Por qué las ciencias sociales deben ser tomadas como objeto” y que exista, incluso, un “Esbozo para un autoanálisis”. Es decir, a Bourdieu le interesaba la sociología de la ciencia como un instrumento para su verdadero objetivo, la conformación de una sociología científica. Objetivar al sujeto objetivante quiere decir que el sociólogo debe constituir como objeto el conjunto de fuerzas, intereses y ambiciones que regulan su propia práctica de modo tal que pueda superar las restricciones que le imponen ese conjunto de fuerzas. De este modo podría lograr un conocimiento menos parcializado de una realidad (que permanentemente amenaza con sumergirlo en la *doxa* –el conjunto de supuestos dominantes dentro de un campo determinado, en este caso el sociológico) o lo que es peor, un conocimiento ideológico del mundo. Y ello en función de una convicción, cara a la tradición filosófica y sociológica, de que no hay peor enemigo del conocimiento que los intereses sociales de los protagonistas de ese conocimiento.